

Este era el verdadero secreto de las liberalidades del banquero.

Jacobo Mosés, después de haber hecho alguna oposición á los proyectos de su padre, había concluido por rendirse á discreción.

Cuando su padre le expuso las ventajas de una alianza, que debía cubrir con un barniz de nobleza el antiguo oprobio de su nombre, se contentó con responder:

—La señorita de Villedieu no me parece mal; me casaré con ella cuando usted lo tenga por conveniente.

Lo más difícil era convencer á la misma interesada, á quien este matrimonio debía contrariar en sus creencias, y, quién sabe si también en sus secretas aspiraciones.

Pero el barón Mosés había tomado sus medidas.

La hija podría resistirse, pero el padre estaba por completo á su disposición, completamente arruinado, obligado á rendirse sin condiciones.

Y no podía decirse de él que tuviera grandes vicios, ni que fuera un derrochador.

El viejo gentilhomme era por el contrario, casi avaro. En su hotel de la calle de la Chaise sostenía un gasto de treinta mil francos á lo sumo; asistía como todos al círculo donde jugaba á los juegos baratos, y no se ocupaba de las carreras, pero era desgraciado en asuntos pecuniarios.

Viudo hacía quince años, muy solicitado en el mundo y primo lejano de los Caus-edé, había visto, por decirlo así, como su patrimonio se le deshacía entre las manos.

Sin saber cómo, se había visto mezclado en los negocios más desastrosos.

La Unión general había consumido casi toda la fortuna de su hija y tratando de rehacerla en Panamá, había experimentado un nuevo desastre.

En fin, para colmo de desgracias, un gran dominio que poseía en las inmediaciones de Burdeos había sido horriblemente atacado por la filoxera.

Entonces fué cuando intervino el barón Mosés.

Prestó; pero discretamente, á lo gran señor, todo lo que el Marqués le pidió, sin formalidades, sin intervención del notario.

Se adelantaba á los deseos del pobre hombre de una manera tan delicada, que no había resistencia posible.

—¡Y cómo no, señor Marqués! ¡Siempre á sus órdenes! ¡No faltaba más! ¡Todo lo que usted quiera!... ¡No necesito recibo!... ¡Es tan poca cosa para mí!...

El banquero podía contar con la alta probidad de su deudor.

La deuda había ido creciendo con los años.

Cuando se celebraba la fiesta de Ples-sis, el marqués estaba hasta el último límite, falto de recursos y de crédito.

Así es que temblaba cada vez que el Barón le interrogaba.

¡Si iría á exigirle el reembolso de su crédito!

Era la muerte sin remedio, la ruina completa. ¡Y qué porvenir le aguardaba!

En aquel momento, cuando Causседé y la Duquesa le habían visto, sus terrores llegaban al paroxismo.

El dominio de Burdeos había sido reconstituido; pero las viñas, demasiado jóvenes, todavía no producían nada.

Era necesario vivir con la espada de Damocles suspendida sobre la cabeza, esperando al fin del desastre.

No faltan en París situaciones de ese género; pero no por ser muchas, son más agradables.

El rostro del marqués se desfiguraba, á pesar de los esfuerzos que hacía para disimular su angustia.

El del barón, por el contrario, resplandecía de gozo.

Un ligero tinte sonrosado coloreaba su piel de mulato, y su estrecha frente estaba surcada por menos arrugas que de ordinario.

Condujo á su huésped á alguna distancia por una amplia avenida de tilos, y hacia la mitad de ella se detuvo frente á frente del marqués.

—Sabe usted, amigo mio—principió,— que tiene usted una verdadera cara de enterrado.

El señor de Villedieu era orgulloso y

pertenecía á esa raza de hombres de mundo más raros cada día, que guardan el culto de las formas.

Había creído ocultar su turbación, y al oír aquel brutal apóstrofe, se inmutó, viéndose adivinado.

—El barón siguió sin detenerse:

—¡Tranquilícese usted, amigo mio! No hay más que verle para comprender que es usted hombre muerto, acabado, que está usted... ¡geringado!

Y lanzó al marqués como un salivazo aquella palabra grosera que sonaba muy mal delante de aquel suntuoso castillo, en aquel parque admirable y delante de aquella brillante multitud.

La impertinente palabra hizo asomar al rostro del marqués un gesto de cólera.

El banquero pareció no apercibirse de ello.

—Y es más, está usted mortificado por sus deudas,—siguió diciendo.

—Pero...

—Convenga usted conmigo en que es cierto.

—Mi querido barón...

—¡Vamos confiese usted! Yo he tenido ocasión de ver en mi casa suplicantes é implorando á cualquier precio muchos hombres orgullosos, que fuera de ella tiraban el dinero por la ventana. ¡Qué suplicas! ¡qué reverencias! Si yo os dijese que estaba contristado, faltaría á la verdad. Crea usted, Villedieu, esa era la revancha, la hermosa revancha de los afren-

tosos tiempos en que se nos amontonaba como bestias en barrios inmundos, sometiéndonos á leyes especiales y registrando nuestras casas á mano armada para apoderarse de nuestros tesoros.

La feroz alegría del barón se manifestaba con extremecimientos nerviosos.

—Hoy, por el contrario,—continuó—somos nosotros los que damos los golpes atrevidos y me parece, marqués, que obramos en conciencia.

El marqués se erguía cuan alto era y se acariciaba la barba tratando de contenerse.

El barón estaba excesivamente alegre. Su fisonomía innoble, su espesa barba, negra con mechones blancos, mal cuidada, su tez amarillenta, su nariz recurvada, sus ojos pequeños y malignos, todo en él respiraba la alegría del triunfo, la satisfacción de la fiera que tiene la presa entre sus garras y se dispone á devorarla.

Señaló con la mano á los invitados que hormigueaban en la terraza, y dijo:

—¡Ah! todos han hecho aspavientos, pero han venido, y los demás se disponen á seguirlos. Todo pasará. Crea usted, amigo mio, cuando se dispone del dinero se dispone de todo; castillos, mujeres, bosques, corazones si se desean. Y el oro llama al oro. Dentro de algunos años todo habrá caído en nuestro poder. Los demás trabajarán para nosotros... como negros, y sujetaremos con un cordel á los que

tanto nos han despreciado. Para esto tendremos que luchar, trabajar, minar la tierra si es preciso; pero con constancia llegaremos. Europa entera es nuestra... nada se nos niega... El Papa, sí, el Papa, no se asombre usted, me haría duque si yo quisiera... Si yo me franqueo con usted es porque tengo miras particulares... Si usted quiere será de los nuestros...

—¡Yo!—dijo el marqués con verdadero espanto.

—Sí, usted.

—¿Y cómo?

—Pero ¿qué, no lo adivina?

—Yo le juro...

—Caramba, está usted terriblemente torpe.

—Explíquese usted, por favor.

Y la fisonomía del marqués expresaba un asombro tan real, que el banquero no pudo dudar de su buena fe.

—Decididamente —siguió el último—ustedes no entienden de negocios. Está usted arruinado, vacío como un cortijo asaltado por los ladrones; pero, sin embargo, le quedan á usted dos cosas que valen mucho dinero.

—¿Cuáles?—preguntó el señor de Villedieu gravemente.

—Lo primero es el nombre que usted lleva, que no es poca cosa; ante él se abren todas las puertas, y halaga mucho contarse entre los amigos del marqués Hugo de Villedieu. Al dejarle á usted la cantidad que le he dejado, crea usted que

tenía mis pretensiones... Yo no hago nada porque sí. Verdaderamente, usted me ha sido más útil de lo que se figura... y ¡caramba! esto explica el que yo haya sido tan generoso con usted.

—Estoy dispuesto á pagarle—murmuró el marqués, ofendido por la franqueza de su acreedor.

—No diga usted tonterías—respondió suavemente el barón.—¿Y cómo se iba usted á arreglar? ¿Sabe usted siquiera cuánto me debe, hoy por hoy, mi querido amigo?

—Sí, sí; ya sé...

—El capital solamente asciende á ochocientos mil francos, una bicoca, ¿verdad? Pero los intereses es lo que hay que ver: aumentan con una velocidad mayor que la del galope de un caballo pura sangre, cuando se trata de ganar el Gran Premio. ¡La generación espontánea! En esta fecha deben ascender á más de un millón. Pero tranquilícese usted; yo no quiero molestarle por dos razones: la primera, porque usted es mi amigo, y además porque, aun reuniendo capital é intereses, para mí es una bagatela.

Hay en el mundo una mujer que me agrada y por ella daría yo gustoso el doble ó el triple; además he dicho que tenía una idea y voy á exponerla. Usted tiene una manera muy sencilla y nada costosa de terminar su cuenta conmigo...

—¿Abandonándole mis bienes?... estoy dispuesto.

—¡Sus bienes!—dijo el barón con desprecio—¿de qué me servirían?

—Entonces...

—¿Todavía no comprende usted?

—No, en verdad.

¡Que el Dios de Abraham, de Isaac, y de Jacob perdone al viejo bribón!

Dió unos golpecitos en el vientre al marqués y exclamó con plácida sonrisa:

—¡No en verdad! ¡pues esta usted gracioso!

El marqués de Villedien era un gentil-hombre de pura sangre, dotado de excepcional energía, aunque combatido por la desgracia, que sobrellevaba con dignidad.

El tono de su acreedor, sus maneras de bohemio, su atrevimiento, le lastimaban profundamente.

Sabía que su caída era inevitable, pero quería caer dignamente.

Se contentó con responder con voz temblorosa por la irritación mal contenida:

—Aseguro á usted, que no se como podría verme libre de las deudas que he contraído.

—Reflexione usted.

—Ya lo estoy haciendo hace un rato.

—He hablado de dos valores.

—En efecto.

—El primero es el nombre.

—¿Y qué podré hacer?

—Eso, luego los veremos. Por el momento es del otro del que se trata.

—¿Dónde está?

El barón Mosés apoyó una mano en el

hombro del marqués, y haciéndole girar bruscamente, le indicó uno de los extremos de la avenida.

Por allí paseaban dos jóvenes entre dos macizos de adelfas y otros arbustos.

La una era la rubia heredera del barón, Raquel Mosés; y la otra, de alta y hermosa figura, con cabello y facciones muy distinguidas, era la hija del Marqués.

El barón la señaló con el dedo, diciendo:

—Mirela usted.

—¡Mi hija!—murmuró aturdido el señor de Villedieu.

—¡Sin duda! Hace más de una hora que busco el modo de decirlo. Oigame usted con atención, se lo suplico.

La advertencia no era necesaria; desde aquel instante la curiosidad del marqués estaba excitada en alto grado, y presentía lo que iba á decir el dueño de Plessis-Mortcerf; el marqués estaba alarmado y lleno de esperanza á la vez.

El barón prosiguió:

—La muchacha es encantadora, todo el mundo está conforme en ello; sin embargo, le sería á usted muy difícil casarla, por la sencilla razón de que no tiene dote, ni herencia alguna en perspectiva. ¡Todo está consumido! Y en ese caso, ¿qué la espera? El convento. Convenga usted conmigo en que el porvenir no es muy risueño. Yo tengo un hijo, que no es un modelo de discreción, convengo; pero que tampoco es despreciable, y quiere casar-

se con ella... Démela usted, y nuestras cuentas quedan liquidadas... Se quedará usted con sus bienes, y aun añadiré algunas rentas... Ustedes tienen necesidad de dinero, y nosotros, por el contrario, nos sobra; conque ¿qué dice usted?

El marqués bajaba la cabeza, perplejo.

—Ya sé lo que tiene usted que objetar—siguió el barón.—¡La religión!... ¡Bogatela! Me permito considerarla como una dificultad despreciable. Desde Voltaire las cosas han cambiado mucho; lo que á primera vista parece una montaña, se salva sin esfuerzo alguno.

El marqués estaba trastornado; aquel matrimonio era para él la salvación, pero por otra parte, aquella unión pisoteaba sus antiguas ideas.

—¡Su hija, su Elena casada con aquél Mosés, cuyos millones estaban tan mal amasados!... ¡Llevar aquél nombre, arrastrado por los tugurios de Estambul y Franckfor!... ¡Ser la dueña de aquella casa en que con tanta repugnancia iban presentándose las gentes del mundo, y donde se escuchaba, como cosa corriente, el siguiente diálogo!:

—¿Cómo usted por aquí?

—Sí, por curiosidad.

¡Ser su Elena la compañera de aquél Jacobo Mosés, que comprometía á las mujeres, publicaba sus orgías y se vanagloriaba de sus infamias, como otros hacen gala de sus buenas acciones!

¡Y esta era la única salida del atolladero en que se veía metido!

Las amistosas confidencias del barón le habían colocado entre la espada y la pared.

La alternativa era horrible... ¡El matrimonio ó la ruina!

Lo mismo que un salteador de caminos ofrece este dilema á su víctima:

¡La bolsa ó la vida!

Después de todo, el barón procedía con cierta nobleza. Hubiera podido decir sencillamente á su acreedor:

¡O me entregas tu hija, ó te dejo en la calle sin otra cosa que el día y la noche!

Esto se comprendía; pero el judío había respetado lo que el marqués amaba sobre todo: las formas.

El banquero vino en ayuda del gentil-hombre, que se debatía en el siniestro abismo en que le había precipitado su mala estrella y le facilitó la capitulación.

—Mire usted, amigo mio,—replicó—yo soy el que más gana con este arreglo. Para nosotros este matrimonio es de gran interés. ¿Qué somos aquí, después de todo? Conquistadores de una especie algo rara. Se nos envidia y se nos detesta. Nos es necesario hacernos amar, mezclarnos con los vencidos. Los nobles del barrio de Saint-Germain vienen á mi casa á regañadientes; sin duda vendrán de mejor gana á casa de mis nietos, si son nietos también del marqués de Villedieu, y dentro de medio siglo nadie se acordará de

donde procedemos. ¿Qué decide usted?

¡Ay! el señor de Villedieu no podía elegir, no deseaba más que un pretexto para ceder y el otro se lo ofrecía generosamente.

Apretó los labios un momento y respondió:

—Es necesario que la consulte.

—En efecto, pero podría usted decirme su parecer.

—Yo haré lo que ella quiera.

—Entonces no tengo duda ninguna. Todas las mujeres aman el lujo; con nosotros, una fortuna inmensa, incalculable... Sin nosotros...

—Sí, ya sé... inútil insistir.

Los dos padres se dirigieron hacia sus hijas.

Raquel Mosés se inclinó al oído de Elena y la dijo con su voz dulce.

—Ya vienen... ¡Cuanto me gustaría que fuese usted mi hermana!

Cuando el marqués estuvo cerca de su hija la llamó con un gesto y una palabra.

—¡Elena!

—¡Padre mio!

El Barón fué el que contestó.

—El señor de Villedieu tiene que hacer á usted una grave consulta, hija mia; escúchele con atención y reflexione antes de decidirse.

La joven se sobresaltó como se había sobresaltado delante del marqués de Causedé, y dejando el brazo de la judía contestó gravemente: